

# Mi primera colaboración en los *Anales Cervantinos*

JEAN CANAVAGGIO\*

La publicación de mi primer artículo en los *Anales Cervantinos* fue el primer paso que di a los 22 años en el mundo del hispanismo. Tras haber ingresado en la Escuela Normal Superior, en julio de 1956, me había graduado de licenciado en la Sorbona. En el otoño del año siguiente, me trasladé a Madrid, donde permanecí durante dos cursos. Iba a dedicar esta estancia a la redacción de mi *Diplôme d'Études Supérieures*, un ejercicio académico que, más tarde, pasaría a llamarse *Mémoire de maîtrise*. El tema me fue propuesto por mi director, Robert Ricard, a sugerencia, creo, de Marcel Bataillon. Se trataba para mí de examinar el posible impacto de la *Philosophía Antigua Poética*, de Alonso López Pinciano, editada en 1953 por Alfredo Carballo Picazo, sobre la estética literaria de Cervantes en el *Quijote*. La labor que realicé me valió una fama insólita entre mis compañeros de la Residencia de Relaciones Culturales, hoy desaparecida, que el Ministerio español de Asuntos Exteriores mantenía en la calle de la Granja, a pocos pasos de la casa de Vicente Aleixandre. Opositores a la Escuela diplomática, sabían muy poco del Siglo de Oro. Para ellos, los problemas culturales se reducían a unas cuantas fichas del famoso «temario» que los más listos preparaban con un catedrático de derecho en excedencia, llamado Enrique Tierno Galván.

Me propuse asistir como oyente a algún curso de doctorado de la Complutense, pero el tipo de docencia que allí reinaba pronto me desanimó. Un contacto telefónico con Joaquín de Entrambasaguas, para quien tenía carta de recomendación, me produjo cierto asombro, cuando mi interlocutor prorrumpió de repente en insultos en contra de Joaquín Casaldueiro, mencionado

\* Université Paris X Nanterre. [jean.f.cannavagio@wanadoo.fr](mailto:jean.f.cannavagio@wanadoo.fr)

por mí al hilo de nuestra conversación y al que calificó de «crítico rojo». Dámaso Alonso me concedió muy amablemente una cita, pero el taxista que me llevaba a su casa se perdió y tuve que pedir al ilustre académico perdón por semejante despiste. Finalmente, el mundo de la investigación madrileña se redujo, para mí, a los fondos de la Biblioteca Nacional y de la del CSIC. En cuanto a la Casa de Velázquez, había abandonado por aquellas fechas el hotelito que ocupaba desde 1939 en la calle Serrano, para reintegrarse a su antiguo solar de la Ciudad Universitaria. Un puñado de investigadores convivía allí con una pandilla pintoresca de artistas.

Una vez defendida mi memoria, en junio de 1959, seguí el consejo de Robert Ricard y fui a ver a Francisco Maldonado de Guevara, el entonces director de la revista, por si estuviera dispuesto a publicar mi memoria. Mi gran sorpresa fue que aceptó de inmediato sin leerla. Alberto Sánchez, que hacía de secretario, se limitó a calcular el número de signos de mi texto para asegurarse de que no iba a exceder los límites prescritos. Pocos meses después, tras haber corregido las pruebas, recibí el volumen gracias al cual, desde aquella fecha, mi bibliografía viene encabezada por el siguiente título: «Alonso López Pinciano y la estética literaria de Cervantes en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, 7 (1958), pp. 13-108.

Con mi regreso a Francia se abrió un paréntesis en mi trayectoria investigadora: las oposiciones a cátedra de instituto –la llamada *agrégation d'espagnol*–, mi nombramiento como profesor en el Liceo de Caen y, finalmente, mi servicio militar me desviaron de mis preocupaciones eruditas hasta el otoño de 1963, fecha en la cual pasé a ser, durante tres años, becario de la Casa de Velázquez. Allí, las condiciones de trabajo eran ideales. Mis obligaciones consistían en preparar la llamada tesis de Estado, un monumento filológico que requería diez o doce años de labor. Quería ampliar mis anteriores investigaciones, aplicándolas al conjunto de las ideas estéticas y literarias de Cervantes. Fue entonces cuando leí *Cervantes' Theory of the Novel*, el libro recién publicado por Edward C. Riley, que iba a ser traducido luego en español, con el título de *Teoría de la novela en Cervantes*. Descubrí que había leído mi artículo, que se mereció de su parte un juicio más bien positivo, y recibí del *Bulletin hispanique* el encargo de reseñar el volumen. Desistiendo de mi proyecto inicial, me volví entonces hacia el teatro de Cervantes, cuyo estudio sistemático me acompañó hasta 1977. Mientras tanto, Ted Riley se había convertido en un entrañable amigo y lo siguió siendo hasta su muerte, ocurrida en 2001: otro de los privilegios que me otorgaron los *Anales Cervantinos*, de cuyo Consejo asesor me enorgullece formar parte.